

pable de la simonía, que constituía un verdadero delito á los ojos de las personas sinceramente religiosas. Conrado no se hacía cargo de la gran tarea que la Iglesia alemana se había impuesto para servir á la civilización nacional y que la hacía acreedora á eterno reconocimiento. A pesar de esto, no encontramos resistencia alguna de parte de la Iglesia contra aquel orden de cosas regulado únicamente bajo el punto de vista laico; no vemos ninguna agitación en el episcopado, como las que había originado la adhesión á Roma de Oton III y Enrique II. De Roma habían prescindido los obispos alemanes, y al ser elevado Conrado al trono, habían querido desvanecer el peligro que á su independencia amenazaba, apoyando la política por él seguida, que era cabalmente la misma que ellos habían deseado.

La situación de Conrado II era sólida en el interior, y en el exterior segura y respetada. La autoridad que este monarca había conseguido en Borgoña y en Alemania debía variar también la situación de Italia, pues preciso era conseguir que el orden de cosas fuese allí análogo al que existía al Norte de los Alpes. Varios obstáculos, sin embargo, se opusieron á este pensamiento, pues los magnates que en otro tiempo le habían llamado contra Guillermo de Aquitania no habían querido sino librarse, por medio de él, de un pretendiente molesto y fortalecer la posición que habían logrado. La conducta de Conrado correspondió en lo esencial á este propósito, pues á pesar de que continuó íntimamente unido á los obispos hostiles á los marqueses, el principal de los cuales era Ariberto de Milan, permitió que estos continuaran en posesión de sus bienes y derechos en cuanto hubieron reconocido su soberanía. De esta suerte desapareció el antagonismo que hasta entonces había existido entre estos grupos, pero precisamente por lo mismo se sintieron amenazados otros, surgiendo un conflicto que muy pronto conmovió violentamente toda la Lombardía. Ariberto de Milan, hombre ambicioso y ávido de poder, cuyo lujo dejaba comprender sus inclinaciones terrenales, creyó haber llegado el momento de realizar sus planes. Apoyándose en las gloriosas tradiciones de la época de San Ambrosio, no solo trabajaba por conseguir la supremacía de la Iglesia de la Alta Italia y por la elevación del obispado de Milan á patriarcado, sino que pretendía alcanzar una posición terrenal parecida á la que gozaban los príncipes alemanes de la Iglesia.

Estos planes obtuvieron las simpatías de los habitantes de Milan, que preveían un brillante porvenir para su ciudad, pero en cambio se encontraron con la resistencia de la baja nobleza de los *valvasores*, que veía seriamente amenazadas sus posesiones y su libertad, que ya había tenido que defender contra la alta aristocracia de los llamados capitanes. Desde el año 1035 ardía por esta causa la Lombardía en una sangrienta guerra civil: la baja nobleza, que se levantó como un solo hombre, consiguió una victoria sobre los adversarios, á consecuencia de la cual el movimiento tomó mayor auge y formuló pretensiones más concretas é importantes. Pidióse que se pusiera término por medio de un código escrito al despotismo con que los grandes señores y los obispos trataban á sus vasallos, y con tal objeto estos imploraron el auxilio del emperador. Respondiendo Conrado á este llamamiento, cambiaba de conducta y se dirigía contra los magnates, cuya situación había reconocido y robustecido en su primera expedición á Italia; pero por otro lado ponía en armonía su política italiana con la que en Alemania seguía, pues no era natural que al Norte de los Alpes fuese el protector de la libertad de la baja nobleza y al propio tiempo la abandonara, al Sur, indefensa al capricho de Ariberto y de sus aliados de la alta aristocracia. Además, el triunfo de

los magnates podía promover un reacción nacional contra la soberanía de Alemania.

Por estas razones presentóse Conrado en la Lombardía á fines del año 1036, y despues de una corta permanencia en la inquieta y agitada ciudad de Milan, convocó una dieta en Pavia. También allí le siguió Ariberto, persuadido de que nadie se atrevería á atacarle. En la dieta, presidida por Conrado en persona, ejerciendo sus funciones de juez, formuláronse de todas partes las más apremiantes y justificadas quejas contra la tiranía de Ariberto, acusándole no solo de opresor de sus vasallos sino también de usurpador de los bienes y derechos del imperio. El arzobispo fué, pues, invitado á disculparse delante del emperador, convertido en juez; pero se negó á ello, y cuando se le instó con mayor fuerza, declaró, despues de haber conferenciado brevemente con sus leales partidarios, que estaba decidido á conservar mientras viviera y contra quien quiera que fuese todo cuanto había encontrado al ser promovido á la sede episcopal de San Ambrosio y todo lo que despues había para ella adquirido. Esto equivalía á negar abiertamente su obediencia al emperador. Algunos mediadores procuraron, con buen sentido, calmar á Ariberto, el cual hubiera podido manifestar que exceptuaba de su amenaza al emperador, á quien obedecía, como todos los súbditos del imperio, por ser el juez supremo; pero todo fué en vano: Ariberto reprodujo su provocadora manifestación. ¿Quería el arzobispo promover un conflicto? ¿Creía poder oponerse impunemente al emperador de un modo tan inaudito? ¿Pensaba que con ello estorbaba los ulteriores planes de Conrado? Si tal audacia no era inmediatamente castigada, Conrado perdía toda su autoridad en Italia. Por eso con razón se pensó que Ariberto no procedía movido por una impresión del momento, sino que se jugaba, despues de meditarlo bien, el todo por el todo. Pero la energía militar del emperador no hizo esperar la contestación que tal temeridad exigía, pues convocando inmediatamente á los príncipes en consejo, fué Ariberto condenado, como reo de alta traición y enemigo del imperio, á restituir lo que injustamente había adquirido y á ser encarcelado bajo la custodia del patriarca de Aglei y del duque Conrado de Carintia.

Este paso de extraordinaria importancia no produjo los efectos que había esperado el emperador. Lejos de darse por vencidos, los habitantes de Milan se sublevaron, esta vez abiertamente, y cuando Ariberto, que había conseguido fugarse de la cárcel, volvió á presentarse entre ellos, fué recibido con entusiasta júbilo, agrupándose todos á su alrededor para defender la libertad y el patrimonio de San Ambrosio. En aquel momento, para Conrado tan crítico, la Iglesia milanesa, dispuesta á todo sacrificio, parecía aliada con la rica y belicosa población de la metrópoli lombarda, es decir, con una potencia cuyo valer no sospechaban sus amigos ni sus adversarios. La situación del emperador no podía menos de empeorar, viéndose en la precisión de apelar á medidas violentas que habían de producir malísima impresión en Italia y de las cuales, por la misma razón, se había abstenido prudentemente en otro tiempo. Las circunstancias exigían dar un decidido apoyo á los adversarios que Ariberto tenía en su propia patria, y por esto Conrado procuró crearse en la baja nobleza el poder que tan necesario le era para vencer á su enemigo. Con este objeto, y despues de un infructuoso ataque dirigido contra Milan, publicó en 23 de mayo del año 1037 la famosa ley feudal accediendo á las principales exigencias de los *valvasores*, ley por la cual quedaron estos tan fuertemente encadenados á la monarquía. En su virtud, y por medio de un acto legislativo, introdujo en la Lombardía el mismo estado de cosas que poco á poco había ido

implantando en Alemania. Proclamó el carácter hereditario de los feudos: el *valvasor* solo podía verse privado de su feudo en virtud de una sentencia dictada por un tribunal compuesto de sus colegas, y aun podía apelar de ella ante el emperador; los feudos no podían ser gravados con censos ni arrendados, disposiciones que ponían de una vez á la baja nobleza á cubierto del despotismo de los capitanes y de tentativas parecidas á las de Ariberto de Milan. Conrado prometió no imponer sobre los bienes feudales más cargas que las que habían sido hasta entonces de uso. Este decreto era de excepcional importancia, pues ponía término á una evolución que, con la creación de grandes poderes territoriales, amenazaba destruir la influencia de la monarquía en Italia. Pero las consecuencias naturalmente no se dejaron sentir ni permitieron vencer al poderoso arzobispo de Milan tan pronto como Conrado II esperaba. La destitución que contra él decretó el emperador no fué reconocida en Milan, á pesar de la sumisión con que Benedicto IX, sucesor de Juan XIX, la aprobó, confirmando al propio tiempo el nombramiento que para ocupar la sede arzobispal hizo Conrado en favor del capellan Ambrosio. El movimiento en que se unieron la Iglesia, la alta nobleza y la burguesía de la ciudad para combatir al emperador pasó muy pronto las fronteras de Italia. En la Borgoña, Odo de Champaña creyó oportuno el momento para intentar la reconquista de la corona; la oposición loresna, en inteligencia con él y con Ariberto, levantó de nuevo su cabeza, y al emperador no le fué dado destruir con un triunfo decisivo los planes de sus enemigos. El traslado de los obispos opositores italianos á Alemania no puso término á la resistencia de la Iglesia y de las poblaciones: Ariberto, resguardado por las murallas de Milan, se burlaba de la excomunión pontificia, y el castigo impuesto á Pavia no hizo más que aumentar la tenacidad de las demás ciudades. La agitación comenzó á dejarse sentir también en Roma, donde eran objeto de severas censuras las tendencias mundanas y la desmoralización de Benedicto IX, el conde tusculano, que solo vió en la dignidad pontificia un título legítimo para gozar de los placeres y que se hizo tan repugnante á los romanos como á los partidarios de las reformas cluniacenses. Conrado se dirigió en 1038 á Roma para asegurar su trono vacilante, y al poco tiempo desterró al bárbaro Pandolfo de Cápua, y con la investidura de Raimundo de Aversa preparó el camino que debía conducir á futura grandeza á los emigrados normandos que entonces apenas dejaban sentir su presencia. Al regresar al Norte, encontró todavía á la ciudad de Milan en abierta resistencia: una enfermedad terrible que hizo estragos en el ejército le obligó á retirarse á Alemania, mientras los *valvasores* continuaban la lucha contra sus enemigos, que lo eran al propio tiempo del emperador.

Poco despues se extinguió la vida activa de Conrado, que se había visto coronada por tan brillantes éxitos. La Suabia, vacante por muerte de Hermann, pasó á poder de Enrique, el cual fué coronado rey de Borgoña en una dieta de Solothurn. De esta suerte todos los territorios se iban sometiendo para completar el edificio de la monarquía hereditaria sálica; y cuando Conrado, durante una permanencia en Utrecht, cayó enfermo y falleció en 4 de junio de 1039, despues de un solo día de padecer, pudo considerarse logrado el grandioso objeto que había perseguido y asegurada para su familia la soberanía hereditaria sobre Alemania, Borgoña é Italia. Por otra parte su hijo Enrique, cuya frente ceñían dos coronas reales; en cuyo poder estaban los ducados de Baviera, Suabia y Carintia, y la soberanía de Franconia; que hacia años figuraba á su lado como auxiliar y colaborador, y que había probado sus excelentes dotes en la paz y en la guerra, ofrecía la seguridad de que no ocurriría ninguno de los cam-

bios de gobierno que tan peligrosos podían ser para la estabilidad de los resultados obtenidos y de que, por el contrario, se persistiría con mayor energía y con más genio político que espíritu militar en el camino seguido hasta entonces.

## CAPITULO II

APOGEO DEL IMPERIO NEO-ROMANO EN TIEMPO DE ENRIQUE III (1039-1056)

Dicen los anales de un convento de aquella época (1) que la muerte de Conrado II no fué por nadie sentida. Si se considera el reinado del primer salio en su severidad militar, en su sobriedad prosaica y en su inconsiderado egoísmo, se comprende que encontrara obediencia pero no despertara amor ni adhesión, pues se había opuesto á todos los movimientos morales é intelectuales que constituían la nueva vida eclesiástica de aquel tiempo y que impulsaban á una extensa reforma. El cambio á la sazón ocurrido en el trono venía á modificar este estado de cosas: la forma creada por Conrado, que en su parte esencial subsistió intacta, se impregnó de un espíritu completamente nuevo que le dió importancia suma y le permitió ejercer poderosa influencia. En vez del sóbrio realismo con que Conrado, como padre cuidadoso y juez severo, había ejercido su cargo de soberano, surgió un atrevido idealismo que, sostenido por una pasión altamente moral y arrastrando consigo á los más resistentes, procuró penetrar en el Estado y en la Iglesia y reformar uno y otra en sentido unitario. Este idealismo tendía á los fines más elevados, pero arrancaba del terreno de la realidad y estaba completamente libre de aquellas inútiles bagatelas con formas místicas y de aquellas fantasías desmedidas é inasequibles que habían hecho de Oton III un hombre por completo extraño á su época. La historia del emperador Enrique III nos ofrece un brillante ejemplo de lo que puede un personaje poderoso cuando quiere imprimir, en tiempos revueltos, á una vida que se está renovando el sello de su espíritu, sin violencia y sin coerción, solo por la irresistible fuerza de la moralidad ideal.

Ninguno de los grandes soberanos del tiempo pasado había dispuesto, desde el primer momento de su elevación al trono, de un poder tan vasto como el que tenía el hijo de Conrado II, que solo contaba veintidos años. Los ducados todos, á excepción de los de Lorena y Sajonia, eran suyos y además ceñía, con carácter hereditario, la corona de Alemania y de Borgoña. En ninguna parte se le ofrecía resistencia: Enrique III era el primer rey alemán que había comenzado su reinado en medio de una paz profunda y sin tener que combatir rebelión de vasallo alguno. Mas aun; el joven monarca inspiraba tantas simpatías como temores había inspirado su padre. Puede decirse que las relaciones entre Enrique III y sus súbditos se elevaron, desde un principio, á las altas esferas de la moralidad, y se regularon por motivos muy distintos de los intereses dinásticos y de las ventajas políticas. Aquel joven soberano desarrolló, como ningún otro, las fuerzas morales de su pueblo y las dirigió de tal suerte, que le permitieron figurar como el primero de los pueblos de su tiempo é hicieron de su monarca la personificación del ideal moral, ennobleciendo en alto grado al imperio.

Enrique, que había nacido en 28 de octubre del año 1017 (2), desde el advenimiento de su padre al trono, estaba llamado á grandes cosas, y desde niño había sido cuidado-

(1) *Ann. Hildesheim* de 1039 (*Mon. Germ. hist. Script.* III).

(2) Steindorff: *Anuarios del imperio alemán durante el reinado de Enrique III*, dos tomos, Leipzig, 1874-1881.

samente preparado para su elevada mision por su sabia madre, aficionada á los trabajos literarios. Excelentes maestros, entre ellos el erudito y correcto borgoñon Wipo, dirigidos primero por el obispo Bruno de Augsburgo, hermano menor de Enrique II, á quien habia sido confiado el joven príncipe, y á su muerte por Egilberto de Freising, instruyeron á Enrique III en las ciencias con mayor solidez de lo que entonces se solia instruir, aun á aquellos que debian seguir la carrera eclesiástica. Desde edad muy temprana se habia enterado al lado de su padre en los asuntos de Estado, y las excelentes dotes de que entonces dió pruebas, las extraordinarias cualidades de carácter que mostró le conquistaron simpatías y respeto generales y le valieron ser considerado como esperanza del imperio. En esta educacion no se descuidaron tampoco el desarrollo corporal ni las prácticas caballerescas del joven príncipe, el cual hizo su primera prueba como militar y como político en la lucha contra Polonia y Hungría, y tomó tambien parte muy activa en la expedicion armada que se llevó á cabo para reconquistar la Borgoña. A los quince años (1032) quedó libre de la direccion del obispo de Freising, para ocupar el lugar que le correspondia al lado de su padre; así es que en los siguientes años, sin estar investido oficialmente del carácter de tal, se nos presenta de hecho como co-regente. En efecto, han llegado hasta nosotros documentos en los cuales al lado de la de Conrado II figura su firma: en ellos se cuenta por los años del reinado de ambos, y el sello que los autoriza ostenta, como las monedas de igual cuño, la efigie de uno y otro. En enero de 1036 se casó Enrique con Gunhilda, que le estaba prometida desde el año anterior, y era hija del poderoso soberano del Norte, Canuto el Grande, y de Emma de Normandía, y viuda del rey anglo-sajon Ethelredo. Mujer de salud delicada, su importancia en su nueva patria se disminuyó mucho con la muerte de su padre, acaecida poco despues de su matrimonio. Cuando, á principios del año 1038, Enrique acompañó á su padre á Italia, llevó consigo á su esposa, cuyo nombre septentrional habia sido cambiado por el de Cunegunda, la cual á su regreso falleció, despues de haber dado á luz una hija, víctima quizás de la peste que diezmó el ejército imperial en la Baja Italia y que le siguió hasta el Norte causándole sensibles pérdidas. Un año despues murió Conrado, y Enrique empuñó las riendas del gobierno como soberano único de Alemania, de Italia y de Borgoña.

A inspirar las esperanzas que, en contraposicion á su padre se habian cifrado en Enrique, contribuyó poderosamente la escena que entre ambos ocurrió en Bamberg, durante la Pascua de Pentecostés, escena que en todos los ánimos causó impresion profundísima. El emperador solicitó de los príncipes allí reunidos que sentenciaran al duque Adalberto de Carintia, á quien tanto odiaba, á la pérdida de su cargo y de sus territorios; los príncipes pidieron que se mostrara parte en el proceso el rey Enrique, y este se negó terminantemente á mezclarse en el asunto. Las reflexiones, las súplicas, las amenazas del emperador fueron inútiles. Conrado, viéndose impotente, cedió por el pronto para dirigir despues nuevos ruegos á su hijo, de quien no pudo tampoco obtener nada. Fuera de sí, arrojóse á los piés de Enrique con los ojos arrasados en lágrimas, y entonces este le manifestó que inducido por suayo Egilberto de Freising habia jurado no perjudicar al duque de Carintia en sus posesiones mientras no mediara sentencia judicial, y que por lo mismo se veia obligado á persistir en su negativa. Ciertamente esta conducta no mejoró en nada la suerte de Adalberto, pues á pesar del retraimiento del rey, los príncipes acabaron por dictar la sentencia conforme á los deseos del emperador, pero queda-

ron probadas la firmeza é independencia de carácter de Enrique y planteado,—lo cual para muchos era de mayor importancia,—un antagonismo entre la política del emperador y la del rey. Este antagonismo se presentó tambien en otras ocasiones, pues Enrique, bondadoso y conciliador por naturaleza, se amoldaba á los hechos y estaba siempre dispuesto á respetar los derechos y acceder á los deseos de los demás; así es que compró la paz con los húngaros por medio de concesiones territoriales que no se avenian con los propósitos de su padre. La fuente de estas diferencias entre Conrado II y su hijo ha de buscarse en la relacion especial en que este último se encontraba respecto de la Iglesia y del movimiento espiritual que en ella se notaba. Así como la indiferencia religiosa de Conrado, confirmada por la mezquindad de sus donaciones á la Iglesia, dió al sistema político del primer salio un carácter completamente laico, de tal suerte que la Iglesia, sus bienes y sus servidores no fueron para él mas que materia explotable en provecho del Estado, Enrique III, por el contrario, se distinguió por sus creencias idealistas, hijas de una piedad que, arrancando de lo mas hondo de su corazon, se reflejaba en su sér y en sus actos. Estas creencias influyeron hasta en los asuntos políticos, y encontró en ellas la medida á la cual ajustaba los fines que se proponia y los medios que para alcanzarlos empleaba; ellas le recordaban á cada momento la elevacion y santidad de su mision como soberano, y la responsabilidad que tenia contraída, impulsándole á desempeñar su cargo como el sacerdote puesto al frente de la grey confiada á su custodia. A pesar de esto no incurria en errores como los que habia cometido Oton III, pues á pesar del idealismo que le hacia elevar el pensamiento al cielo, no se olvidaba un momento de que se encontraba en la tierra. Dotado de una naturaleza sana, enérgica y armónica, supo conciliar y mantener equilibradas en el imperio las mas opuestas tendencias, reunir fuerzas en otro tiempo contrarias y encauzarlas para producir una poderosa accion comun. Soberano animado por las mas elevadas miras, prudente, dueño de sí mismo y examinando y reprimiendo sus inclinaciones, procuró ajustar su conducta á los preceptos divinos y humanos y no hacer ni tolerar nada que fuera contrario á la moral ó al derecho. Con espíritu altivo é independiente, en medio de su humildad, aceptó todos aquellos esfuerzos de los cluniacenses que tenian vida propia y podian ser útiles á la causa pública; y al mismo tiempo supo ajustarse á las necesidades prácticas de su época, y logró hacerlas reconocer con tanta moderacion como energía, siendo el primero en inclinarse ante el nuevo orden de cosas y venciendo sin luchar, con solo su ejemplo, la resistencia de los demás. De esta suerte, marcó Enrique III el apogeo del desenvolvimiento del imperio neoromano. En su persona y en su manera de gobernar no solo se veia exteriormente realizado con mas esplendor y mayores esperanzas el ideal de la soberanía universal, por la extension y poderío del imperio, sino que este, como ideal moral, alcanzaba vida y realidad.

Por vez primera se efectuó un cambio en el trono en medio de la paz mas completa; en todas partes encontró Enrique espontánea obediencia cuando recorrió el imperio para recibir el homenaje debido, y el mismo Gozelo de Lorena, que conspiraba con Ariberto de Milan para luchar contra Conrado II, se le sometió. En enero del año 1040 presentaron á Enrique, en Augsburgo, los magnates italianos, que podian esperar una reconciliacion con Ariberto de Milan, pues el antagonismo que entre el rey y la política de su padre existia se manifestaba tambien en el hecho de estar Enrique dispuesto á firmar una paz honrosa y á renunciar á la destitucion de aquel prelado. Durante la Pascua del año 1040

recibió en Ingelheim, donde le rindieron homenaje los magnates de Borgoña, á Ariberto de Milan, el cual, acogido con benevolencia suma, juró fidelidad y gozó muy pronto de gran consideracion en la corte. Los principales temores que abrigaba el rey eran respecto del Oriente, pues aun cuando Conrado II, auxiliado en parte por su hijo, habia hecho triunfar los derechos del imperio sobre Polonia y Hungría, crecian cada vez mas los peligros que amenazaban á Alemania por aquel lado desde la funesta política de Oton III. Poco habia ciertamente que temer de Polonia; pero las luchas intestinas de que fué teatro el reino de Boleslao III, despues de la muerte de su hijo Miecislao, y que acabaron con la expulsion de su viuda Richenza, sobrina de Oton III, y de su hijo Casimiro, pusieron violento término á la soberanía é influencia alemanas y abrieron una época de reaccion nacional y al propio tiempo pagana que amenazaba destruir la civilizacion germano-cristiana. La Bohemia, que tan poderoso incremento tomaba, se puso al frente del esclavismo: el duque bohemio Bretislao, que á sus elevadas miras unia la mas ferviente fe cristiana, abrigaba vastos proyectos, para cuya realizacion comenzó á trabajar con grande éxito. La ciudad de Praga debia ser, segun su propósito, para la Bohemia lo que Gnesen habia sido para Polonia en tiempo del gran Boleslao: la Bohemia trataba de alcanzar la situacion que Polonia habia conseguido al frente del pueblo eslavo. El cambio ocurrido en el trono de Alemania parecia favorecer la empresa, tanto mas cuanto que Polonia estaba asolada por el levantamiento de los siervos contra sus señores, y la Hungría se hallaba conmovida por la rebelion que habia promovido el partido nacional y pagano para destronar al rey Pedro, sobrino y sucesor de Esteban el Santo, que habia fallecido en 1038. En el año 1039 penetró Bretislao victorioso en Polonia, conquistó á Cracovia y Posen y se encontró muy pronto en Gnesen. Poseído de piadoso entusiasmo, postróse allí con sus audaces bohemios ante la tumba del santo nacional, é hizo recoger con grandes solemnidades su cadáver y trasladarlo en brillante procesion á Praga, para darle en esta ciudad nueva sepultura. Al poco tiempo, entabló negociaciones con Roma para elevar la diócesis de Praga á arzobispado y conseguir para sí la real corona.

Parecia que el duque de Bohemia iba á conseguir lo que en vano habia intentado en otro tiempo la Polonia; pero un reino eslavo, con Praga como centro eclesiástico y político, constituia un gran peligro para Alemania, y así, á pesar de todas las tentativas de conciliacion que se hicieron, pronto ocurrió un rompimiento entre la Bohemia y Enrique III. El primer ataque del monarca aleman, que desde Baviera penetró en las montañas de Bohemia, mientras un ejército sajón se dirigia allí siguiendo el Elba, fracasó á consecuencia de una derrota sufrida por esta segunda division. Mas afortunado fué Enrique en el verano del año 1041, pues avanzó victorioso hasta Praga: la esperada intervencion pontificia no se realizó y la lealtad de los magnates bohemios comenzaba á vacilar cuando Bretislao firmó la paz y rindió vasallaje al rey aleman por la Bohemia, por la Moravia, que habia conquistado antes, y por la Silesia, único territorio que conservó de sus conquistas en Polonia. Consecuencia de la sumision de la gran potencia bohemica fué el restablecimiento de Casimiro en el ducado de Polonia, que pasó tambien á ser feudo de Alemania.

Entretanto, habiendo ocurrido en Hungría la catástrofe que hacia tanto tiempo amenazaba, surgió en el bajo Danubio un peligro para combatir el cual tuvo Enrique que dedicar durante algunos años todas sus fuerzas, poniendo á prueba las dotes militares y la fidelidad de sus súbditos de la marca oriental y de Baviera. El rey Pedro habia sido destronado, y

en Aba, vástago de la antigua y noble familia de los Arpad, encontró el partido nacional,—enemigo del cristianismo y de la cultura alemana, por el cristianismo propagada,—un jefe que resucitó el antiguo furor guerrero de los húngaros, invadiendo los vecinos territorios alemanes. Despues que el valiente Liutpoldo de Babenberg hubo cubierto la marca fronteriza, Enrique III, apoyado por su nuevo vasallo el rey de Bohemia, penetró, durante el verano del año 1042, en Hungría, avanzó devastándolo todo hasta Gran, y proclamó rey, en vez de Aba, á un pariente de Esteban, aliado de Bretislao de Bohemia y por este recomendado, pues la reposicion de Pedro en el trono, como al principio se habia pensado, encontró la invencible resistencia del pueblo. La reaccion, sin embargo, no se hizo esperar: pronto, en efecto, reconquistó Aba el trono, pero en vano procuró llegar á una avenencia con el rey aleman. Este se presentó, en 1043, por segunda vez en Hungría, mientras una poderosa escuadra protegía las operaciones del ejército, que seguia la orilla meridional del Danubio. Contra lo que se creia, no hubo luchas reñidas, pues cuando los alemanes comenzaron á construir sus obras de ataque contra el campamento fortificado de Aba junto al Rabanitz, que afluye en el Raab, el rey de Hungría solicitó la paz y con importantes concesiones compró la renuncia de Enrique á entronizar de nuevo á Pedro. Alemania recobró todas aquellas comarcas fronterizas, tan ardientemente disputadas, que se extendian desde el Fische y el Leith hasta el mar, y que habian sido regadas con la sangre de tantos nobles alemanes. Enrique, que en otro tiempo las habia cedido al rey Esteban contra la voluntad de su padre, recibió además la marca fronteriza oriental, á la sazón mejor defendida que antes. Desde entonces aquel territorio quedó en poder de Alemania. El restablecimiento de la paz restauró y fortaleció la influencia de la cultura alemana sobre Hungría y precipitó el paso definitivo de esta nacion de la antigua barbarie á una vida mas civilizada. No faltaron tampoco violentas conmociones que ocasionaron muchos padecimientos á Alemania. Desde el primer momento se vió que el gobierno de Aba no podia sostenerse: una conjuracion intentó acabar con el tirano, pero habiendo sido descubierta, sus principales jefes huyeron á Alemania, y entonces Enrique, á quien la falta de cumplimiento de todas las condiciones de la paz por parte de Aba daba el deseado pretexto para una nueva intervencion, pasó por tercera vez las fronteras y se dirigió, en el verano del año 1044, hácia el Este. Aba, simulando una retirada, logró atraer á los alemanes hasta el Raab, y cuando estos pasaron el rio por Menfo, les salió al encuentro con fuerzas muy superiores; pero, despues de un reñido combate (5 de julio), tuvo que emprender la fuga. La victoria conseguida por Enrique sobre un adversario audaz y de superiores fuerzas, pareció disposicion divina; la manera especial con que el ejército, dirigido por el rey, celebró esta victoria en el mismo campo de batalla fué verdadera expresion de este sentimiento. Con los piés descalzos y en traje de penitente arrodillóse Enrique, en presencia de todos, delante de la partícula de la Santa Cruz que consigo llevaba y entonó profundamente conmovido el *Kyrie eleison*; además perdonó á todos los que contra él se habian sublevado y excitó á sus compañeros de armas, altos y bajos, á imitarle, con lo cual convirtió la victoria en una fiesta de paz y reconciliacion que llenó de buenos deseos á cuantos en ella tomaron parte y robusteció sus simpatías hácia la causa comun. Hecho esto, se apresuró á aprovecharse del triunfo conseguido; ya no encontró resistencia en parte alguna; en todas, el pueblo acudia á saludar y rendir vasallaje al poderoso soberano aleman, cuya benevolencia hizo olvidar muy pronto que habia penetrado en el territorio como enemigo. En Stuhlweiss-